

LAURA SOLÓRZANO

*Un mundo de ceniza
viaja por la luz
intermitente*

mano *Santa*
E D I T O R E S

COLECCIÓN: PRUEBA DE AUTOR

UN MUNDO DE CENIZA VIAJA POR LA LUZ INTERMITENTE

CONOCE NUESTRO CATÁLOGO

<https://manosantaeditores.wixsite.com/poesia>

Primera edición: junio de 2025

D. R. © Laura Solórzano

D. R. © Mano Santa Editores, por la edición.

Director: Jorge Esquinca

Editor: Emmanuel Carballo Villaseñor

Diseño y diagramación: Luis Fernando Ortega

Colección: Prueba de autor

Dirigen: Luis Fernando Ortega y Lizzie Castro

ISBN: 9798287604752

Sello: Independently published

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

LAURA SOLÓRZANO

*Un mundo de ceniza
viaja por la luz
intermitente*

mano *Santa*
E D I T O R E S

COLECCIÓN: PRUEBA DE AUTOR

*No una ciudad en ruinas, sino una ciudad compleja, marcada por su desnudez.
Ciudad entre nuestras muñecas como una atadura rota, entre nuestros ojos
como un ojo ya visto, ciudad repetida indefinidamente como un poema.
Ciudad siempre semejante a sí misma.*

Paul Éluard

[proyecciones]

En este recorrido la mente se esconde
mientras los pasos
bien distribuidos desatan su relojería, la urgencia
inútil de lo aparente.

¿Voy salvando el honor en el cemento
o es la película de un personaje
que se busca entre las grietas?

Observo un letrero callado que mastica.
Escucho la queja de un peatón, se levanta y se estremece.

Estos anuncios monumentales se meten a hacer el cálculo
de los costos, ¿la llave de la satisfacción? Y la realidad
inundada de objetos y formas que se vacían.

Pienso: vamos a ser incorporados
por la boca del consumo hasta disolvernarnos.

Me detengo por un momento:
el personaje se eleva sobre las banquetas y los tinacos
y se pasea como un reloj sonriente
que en el pasadizo de la conciencia podría brillar
como cosa que renace en el camino
cosa que deambula y siente.

[sombra]

Voy a la plaza central por avenida Laureles.
Paso por el terraplén, por los vendedores y sus asuntos,
los desniveles inesperados, los tumultos y la basura.

Aquí están los edificios de la inexperiencia:
un garabato que no termina.

El sol trabaja siempre sobre nuestras cabezas.
Aquí están las causas verdaderas y por eso
los habitantes tenemos serias dudas.
Por allá se perdió un museo, otra posibilidad
desvanecida en el humo.

Somos los zapatos que se rompen para vencer
las bocanadas de un tráfico que se escurre.

Supongo que mis canas son hilos de otro contexto.
El pie confía en el astro fundamental que lo sostiene.

Camino como si felizmente supiera lo que soy.
Mi organismo es esta plaza: una sensación de recreo
que se conoce en lo íntimo.

Mi lugar se carga de una nueva disposición.
Nada se parece a lo que pensábamos que sería.
La ciudad acoge incluso las visiones más desesperadas.
Nada está en nuestras manos.

[baldío]

Había una vez una hormiga que cargaba el cadáver de un pensamiento. La breve luz de la tarde se le metía por los ojos, ¡qué grande y dispuesta era su marcha entre los nubarrones y las hierbas! La hormiga se conducía como se conduce algo vivo que carga con algo muerto, y no lo comprende. Su minúsculo avance albergaba su destino, y el cielo, ignorante viajero, arrojaba sus colores como si fueran dulces. ¿Podría soltar su carga, y nivelar sus pasos? Si te acercabas a ella, no podías distinguir a una hormiga de otra.

[semáforo]

Ayer me deslizaba por la curva de la calle. Llegué al semáforo con el cuerpo contraído y la mente en suspenso. La tarde deshacía sus rayos entre los cristales.

Yo pensé «estoy sumergida en esta plateada emanación», pero luego pregunté si era plateada o gris o tóxica. La calle me traía impresiones fugaces como recortes de un álbum de infancia. Los ecos y las sombras caminaban, respiraban. Sentí que la calle era mía, me pertenecía su disonancia y su rasposa ternura. Aunque sumergida en ella pensaba ¿Nos pertenece realmente este enjambre metálico y ruidoso?

El viento, en lugar de aplaudir a mi angustia, recorrió mis mejillas con mano compasiva, y luego siguió sin dirección, desordenado y libre.

[escuela]

Las líneas salen de mí, cogidas de la mano
como niños que van cantando sin entender lo que cantan,
pero felices de salir del colegio
y ver el sol que estaba allí desde antes
y cuando se abre la sensación de las letras que vienen
y cogen un poco de calor de la red de razones
el renglón de mi mano madura como un miércoles de primavera.
Además, hay una miríada de máquinas
que ahora mejoran los símbolos gráficos y van
como los niños a decir un dato sobre la temperatura y el cielo.

[rejo]

Las casas se comprimen: perseverantes y quietas. Son hermanas que no quieren separarse y con una escoba entre las macetas, ofrecen sus patios limpios.

Luego las casas se meten en la cabeza de los hijos y fundan una borrosa habitación que recuerda vagamente el aire que venía de las ventanas. Los muros eran suaves y blancos.

Los hijos salen cuando recuerdan, porque anidan su infancia frondosa entre los despojos. Al día de hoy hay casas dentro de casas. ¡Cuántas sombras y discursos sentados en las sillas que ya casi desaparecen!

De aquellas puertas nos queda un racimo desarticulado. Y afuera las banquetas rotas coexisten como si no hubiera hijos y el mundo sólo existiera poblándose de pies.

[camino]

Con estas palabras vas por la vereda de un desorden abstracto. La pisada se introduce en el mecanismo de los verbos que buscan activar la visión. Vas por un elemento sugerido, vas en círculos como si dar la vuelta fuera lo mismo que avanzar, lo sabes y sigues jugando.

Sigues como si al girar encontraras el refugio esperado y no hay otro lenguaje para ti, no hay otra boca para tu silencio, todo él adherido al deseo de pasear por los márgenes de la avenida.

Este sitio atrapado por tus manos, atrapado por tus pasos, masticado por tu cerebro que condensa, este sitio te trae una inconsciencia duplicada por las nubes que penetran tus ojos.

[graffiti]

Habían llegado con tiempo y sin prisa al lugar. Pintarían esa barda, no había duda. Él y ella, cargaban el material con rostros relucientes. Parecía que un hilo intocable los conectaba, entre ellos y la barda había una promesa. En él, un deseo lleno de letras sin domesticar. Dijo, aquí se colocan las palabras que van a sobrevivir. Ella callaba con una mirada afirmativa. Repartieron pintura, tinta, brochas. Sus brazos se agitaban como mástiles en una tormenta invisible. Por fin, los rasgos retorcidos, líneas irregulares, y una señal corta y larga como un velero abandonado que se recuesta entre los ladrillos. Se sentaron en las aguas quietas, un necesario descanso. La barda era ahora una carta de grandes dimensiones. Esta voz parece un paisaje que se aleja de nosotros, dijo ella.

[veladura]

Como si yo fuera un pintor de paisajes del siglo XIX quiero extender mi pupila por tus neblinas verdosas y cotejar mi ángulo recto con la dorada fragilidad del ocaso que introduces.

Aquí colocas tu paleta de aullidos cromáticos porque me atisbas como si yo fuera un papel kraft perfectamente preparado para recibir tu aceite (el ácido insensible de tus arbustos minimalistas no tiene cabida en mi limbo puntilloso).

Como si la pintura fuera extemporánea, yo recibo tu oleaje sin temperatura, sin rigor, para sólo entrever los manchones insensatos que siempre buscan inyectar su ambigua textura.

[arterias]

Se ha encendido la vestimenta de la urbe.
El viejo alumbrado me alcanza con su destello dorado.
Por mí pasan ruedas mortales y cíclicas.
¿Seremos esto que se confunde entre las vitrinas?

Un mundo de ceniza viaja por la luz intermitente.
¿Miramos a través de un amasijo de vidas? Te pido una disculpa
ciudad cabizbaja. Estoy para verte
pero tú, me desbaratas.

Rostros que nunca serán tuyos, resortes que caminan difusos.
Rostros que florecen en la noche como cabelleras.
¿Y los seres maternales que todo lo nutren?

Aullidos que se levantan entre arterias y estómagos.
Tus ampollas son estrellas en la negrura.

Es un nuevo tumor bajo una mano de pintura.
Una confesión en este lugar de vagas inscripciones
en la ruidosa magnitud de los techos sedientos.

[ciertos viajes sin certeza]

Viajo al poema disuelto, que a veces, reparte su equívoco o fractura de fabricación. Poema que has naufragado o fundido tu fin, quiero decirte querido reflejo, náufrago de aquí, que no hay vacío en la estela de tu muerte.

Serás la arteria que permite el abismo, en la vieja historia de un repentino llamar. Serás esto que ingiere mi espera, la música que renace como puente sonoro, como si un sustantivo, como si un adverbio, fuera el lugar más vivo.

*Un mundo de ceniza
viaja por la luz intermitente*

de Laura Solórzano
se terminó de imprimir
durante el mes de junio de 2025,
en Guadalajara, Jalisco.

México.

La edición consta
de 35 ejemplares, numerados y
firmados por la autora.

